ÁLVARO DEL PORTILLO Y DIEZ DE SOLLANO

La vida junto a un santo

Dr. D. Benito Badrinas Amat
Doctor en Teología

Álvaro del Portillo nació en Madrid el 11 de marzo de 1914 y falleció el 23 de marzo de 1994, cuando acababa de cumplir 80 años y se disponía a celebrar sus Bodas de Oro sacerdotales.

El 7 de julio de 1935 pidió la admisión en el Opus Dei. La tarde anterior había tenido una larga conversación con Josemaría Escrivá que debió impresionarle sobremanera y ese día, mientras participaba en un retiro espiritual que tuvo lugar en la Residencia DYA, en la calle Ferraz, 50, de Madrid, tomó la definitiva decisión. Estaba estudiando la carrera de Ingeniero de Caminos, después de haber concluido la de Ayudante de Obras Públicas.

Desde aquel momento supo que Dios le llamaba a ser Opus Dei y hacer el Opus Dei, como oiría decir muchas veces al Fundador. Desde entonces no tuvo la más mínima vacilación de que aquella era la voluntad de Dios. En 1975, poco después del fallecimiento de Josemaría Escrivá, al corregir una anécdota que tenía datos equivocados, escribió, refiriéndose a sí mismo: *Gracias a Dios no hubo ninguna duda, ni sería ni pequeña, de vocación*[1].

No en balde, cuando Álvaro sintió la llamada divina al Opus Dei, llevaba varios años colaborando asiduamente con las Conferencias de San Vicente de Paúl, a las que dedicaba muchas horas libres de los sábados y domingos. Visitaba a enfermos o pobres y daba clases de catecismo a niños en barrios extremos de Madrid. Precisamente dando clase de catecismo a niños en una Parroquia de Vallecas fueron atacados a golpes por gente enfurecida. Álvaro sufrió una fuerte contusión en la cabeza al ser herido con una llave inglesa y estuvo muchos meses con la cabeza vendada: "Álvaro llegó a su casa —dice uno de sus compañeros—, donde intentó disimular la herida, para no alertar a su familia, pero se dieron cuenta enseguida de que algo le había sucedido, porque tenía sangre en el cuello de la camisa. Lo llevaron inmediatamente a una Casa de Socorro y se le infectó la herida, lo que hizo que tuviera que sufrir, a lo largo de un mes, unas curas bastante dolorosas, que soportó con su fortaleza característica. Más tarde acudió a clase

[1] Cfr. AGP, RHF, T-06436

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

con la cabeza vendada"[2]. Tuvo así una buena preparación, repartiendo caridad entre niños, pobres, ancianos y enfermos, para que la gracia de Dios le ayudase a pensar *más allá* y tomase la decisión de dedicar por entero su vida a Dios.

Dios no tardó en hacerle ver lo que quería de él dentro del Opus Dei. Habían pasado ya tres años desde aquel julio de 1935 y España estaba en plena guerra civil. Precisamente el 12 de octubre de 1938, el día de la Fiesta de Nuestra señora del Pilar, Álvaro llegó, tras una accidentada y providencial travesía por los montes de Somosierra, a un pequeño pueblo de Guadalajara desde el que pudo ir a Burgos a encontrarse con el Fundador, dos días después.

A partir de este momento Josemaría Escrivá le manifestará lo que espera de él, tal como quedó escrito en diversas cartas que le escribió cuando Álvaro, por exigencias militares, tuvo que trasladarse a Cigales, un pueblo cercano a Valladolid. Una de estas cartas decía así:

"Jesús te me guarde, Saxum.

Y sí que lo eres. Veo que el Señor te presta fortaleza, y hace operativa mi palabra: saxum! Agradéceselo y séle fiel, a pesar de... tantas cosas (...).

Pide por tu Padre, para que sea siempre eso, muy Padre, y no pierda jamás el control.

¡Si vieras, qué ganas tengo de ser santo, y de haceros santos! Te abrazo y te bendigo.

Mariano

Burgos, Vísperas de S. Gabriel - 1939."

El Fundador del Opus Dei utilizaba en otras ocasiones esa palabra, *Saxum!,* al hablar a sus hijos. José Luis Múzquiz[3], cuando escribió en 1975 su testimonio sobre el Beato Josemaría, recuerda una meditación en la que el Padre "hablaba de que habíamos de ser Saxum, roca, es decir tener fortaleza para que la Obra y los demás se apoyaran en nosotros"[4]. Pero en aquel 1939, cuando se lo escribía reiteradamente a Álvaro del Portillo, se estaba refiriendo a algo mucho más concreto, esto es, le daba a entender que estaba llamado por Dios para ser un apoyo especial para el Fundador. El mismo José Luis Múzquiz recuerda que un día de la primavera de 1940 el Padre le habló en confidencia de lo que esperaba de Álvaro: "Me comentó que el Señor quería que en las instituciones de la Iglesia —al menos en muchas (...)—, hubiera como un segundo que ayudara muy especialmente al Fundador: anteriormente pensé que fuera otro, me dijo el Padre, pero ahora estoy seguro de que es Álvaro"[5].

[2] AGP, APD, T-0431.

[3] José Luis Múzquiz de Miguel era algo mayor que Álvaro y también fue Ingeniero de Caminos. Se había incorporado al Opus Dei en enero de 1940 y, junto con Álvaro del Portillo y José María Hernández de Garnica, fueron los tres primeros fieles del Opus Dei que recibieron la ordenación sacerdotal.

[4] AGP, RHF, D-04417, p. 52 (manuscrito)

[5] Ibidem, p. 71.72.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Álvaro del Portillo, en unos pocos años de la postguerra, terminó la carrera de Ingeniero de Caminos, se doctoró en Historia[6] y recibió la ordenación sacerdotal el 25 de junio de 1944, de manos del Obispo de Madrid y Patriarca de las Indias Occidentales, Mons. Eijo y Garay.

Toda la vida la pasó junto al Fundador del Opus Dei: vivió con él, le acompañó en todos sus viajes y colaboró eficacísimamente en todos sus trabajos en el desarrollo de la fundación y en el gobierno del Opus Dei, en cosas grandes e importantes o en cosas pequeñas aunque, a veces, no menos importantes. Su humildad y espíritu de servicio fueron extraordinarios aunque siempre procuró pasar inadvertido, que no se le viera.

Recuerdo que en 1987, cuando estábamos redactando la *Positio* —la exposición de la vida y virtudes— para la declaración de virtudes heroicas de Josemaría Escrivá, alguien escribió, a propósito de algunos trabajos que hizo el Fundador en relación con la *gestación* de la Obra, que *le ayudaba don Álvaro.* A él no gustó aquella expresión —ayudar— porque no le parecía adecuada, y dijo que no se le citase porque *yo sólo* —dijo— *pasaba a máquina lo que decía el Padre.*

En 1955 fui por primera vez a Roma, con otros tres sacerdotes, y tuvimos la suerte de que el Fundador nos enseñara con paciencia el Centro de la Obra que entonces estaba aún en obras y sólo se habitaba en parte. Siempre recordaré cuando el Padre se detuvo unos momentos ante la puerta de una habitación amplia de trabajo que tenía en el dintel de piedra un versículo del libro de los Proverbios[7]: *Vir fidelis multum laudabitur*: el varón fiel será muy alabado. Aquella puerta daba entrada al despacho de don Álvaro. No se podía dejar de pensar —y creo que todos lo pensamos sin decir nada— que entonces, y después, esa frase constituía una exacta semblanza de quien supo ser la *sombra* del Fundador y, después, en 1975, ser su primer sucesor.

Álvaro del Portillo supo, también, ponerse al servicio de la Santa Sede, junto con el Fundador o representándole en infinidad de veces en las relaciones con la Curia vaticana durante los pontificados de Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. Fue nombrado Consultor de diversos organismos de la Santa Sede, como la Congregación para la Doctrina de la Fe, la Congregación para el Clero, la Congregación para las Causas de los Santos y el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales. Trabajó no poco en los trabajos del Concilio Vaticano II, como Presidente de la Comisión antepreparatoria para el laicado, fue Secretario de la Comisión sobre la disciplina del clero y Consultor en otras varias Comisiones. También formó parte en una de las Comisiones para la revisión del Código de Derecho Canónico en los trabajos que llevarían a la promulgación por Juan Pablo II de la nueva ley, en 1983.

---

[6] Más tarde, ya en Roma, se doctoró también en Derecho canónico.

[7] *Prov.* XXVIII, 20.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Todos estos cargos no fueron prebendas sino cargas de servicio a la Iglesia para las que Álvaro del Portillo no regateó tiempo ni esfuerzo. Ciertamente puso en este servicio la contribución de su excepcional inteligencia y capacidad de trabajo. Puede decirse que cumplió a la letra lo que el Fundador del Opus Dei había manifestado como una parte importante del espíritu que debía transmitir. Carga sobre mí la solicitud por todas las iglesias, escribió Josemaría Escrivá recordando a San Pablo, y añadió que este suspiro del Apóstol recuerda a todos los cristianos —¡también a ti!— la responsabilidad de poner a los pies de la Esposa de Jesucristo, de la Iglesia Santa, lo que somos y lo que podemos, amándola fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida[8]. Y, en otro lugar: ¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa![9]

En 1975 falleció el Fundador y, tres meses más tarde, fue elegido como sucesor el que más cerca había vivido de Josemaría Escrivá, don Álvaro del Portillo, que en 1982, cuando el Opus Dei fue erigido como Prelatura personal, pasó a ser el primer Prelado y el Santo Padre lo designó obispo y le confirió la ordenación episcopal (1991) para que pudiera cumplir mejor su misión en el Opus Dei y, especialmente, pudiera servir más adecuadamente a la Iglesia y al Sumo Pontífice.

El 15 de septiembre de 1975 tuvo lugar su elección como sucesor de monseñor Josemaría Escrivá y, después de rezar intensamente ante el Señor Sacramentado, lo primero que hizo Álvaro del Portillo fue bajar a la Cripta donde estaban sepultados los restos del Fundador y, en voz alta que oyeron cuantos estaban allí, dijo: "Donde hay patrón no manda marinero"[10]. Era la una menos cinco de ese día. Seis días después pudo tener el primer rato de tertulia con los que vivían en Roma y aprovechó la ocasión para reiterar su convicción: "Dios ha querido que ahora yo sea el arcaduz, el canal por donde llega la Voluntad de Dios a toda la Obra (...). Como ya he dicho estos días pasados, la responsabilidad primera —cronológicamente hablando— de que yo sea el arcaduz, es de los hermanos vuestros que han querido ponerme a la cabeza de la Obra. No han elegido a Álvaro del Portillo, sino a nuestro santo Fundador —que ahora está en el Cielo— para que todo continúe como antes..."[11]

En la madrugada del 23 de marzo de 1994, cuando se iban a cumplir 19 años desde su elección, Dios le llamó definitivamente al Cielo. La víspera de ese día había celebrado la última Misa en la iglesia del Cenáculo, en Jerusalén, cuando terminaba su piadosa peregrinación a la Tierra Santa. Don Javier Echevarría, entonces Vicario general de la Prelatura y que iba a ser su sucesor unos días

---

[8] *Forja*, n. 584.
[9] *Camino*, n. 518,
[10] AGP, P01, 1975, p. 1469.
[11] Ibidem., p. 1533.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

después, puso de manifiesto la impresión que le causó estar junto a Álvaro del Portillo en aquella última concelebración: Ninguno de nosotros podía imaginar que sería su última Misa en la tierra. El Padre tampoco, pienso yo, aunque de alguna manera presentía que el Señor le podía llamar, como a todos, en cualquier momento. Cuenta cómo se preparó intensamente para la Misa: estuvimos recogidos en oración, dice, y continúa: Me impresionó ver la unción con que se revistió: se le veía reconcentrado, emocionado (...). Entramos en la iglesia del Cenáculo y el Padre celebró ahí pensando en todos. Tenía muy presente la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, se le veía celebrar con mucha piedad. Algo de fatiga se le notaba, debido al cansancio físico, aunque quizá también a la emoción de estar en aquel lugar santo. Os puedo asegurar que vivió estos momentos con verdadera intensidad, con verdadera locura de Amor..."[12]

Don Álvaro, tras su marcha, nos dejó la gran estela de una fama de santidad que se ha ido haciendo anchurosa y profunda a lo largo de los ocho años pasados. Sus últimas palabras podrían haber sido semejantes a las de San Pablo: *Cursum consummavi, fidem servavi*[13]. Podemos imaginar cómo recibiría el Fundador al que había sido tan fiel toda la vida y, después, su sucesor. Allí, en el Cielo, se habrá encontrado también con una buena corona de hijos y de hijas que le habían precedido, a los que con sus enseñanzas, consejos y ejemplo, había ayudado a que llegasen a ser cristianos coherentes con su fe.

Aquí, en la tierra, gentes de todos los lugares del mundo comenzaron a invocarle privadamente como intercesor y a mirarse en su ejemplo de fidelidad atractiva con su constante gaudium cum pace, incluso en las dificultades o contradicciones que tuvo que sobrellevar. Pronto hubo que imprimir estampas que, en todos los idiomas importantes, se fueron difundiendo .

El Santo Padre, tras su fallecimiento, envió un telegrama en el que reflejaba el cariño y afecto que le tenía: Recuerdo con agradecimiento al Señor —decía— la vida llena de celo sacerdotal y episcopal del difunto, el ejemplo de fortaleza y de confianza en la Providencia divina que ha ofrecido constantemente, así como su fidelidad a la Sede de Pedro y su generoso servicio eclesial como íntimo colaborador y benemérito sucesor del Beato Josemaría Escrivá... El Papa no consideró suficiente enviar estas entrañables palabras sino que también quiso honrar su memoria con su presencia física. Hacia las seis de aquella misma tarde, acudió a la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, en Roma, donde se velaban los restos mortales de don Álvaro, y estuvo unos diez minutos en oración profunda, arrodillado ante ellos. Después se levantó y, aunque le ofrecieron rezar un responso por su alma, prefirió rezar el Salve Regina.

---

[12] Ibidem. 1994, p. 199-200.
[13] II Tim. IV,7.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En estos años, muchas personas —de toda condición— han ido escribiendo relatos testimoniales con los recuerdos que conservan de su vida santa, y son incontables las narraciones de favores atribuidos a su intercesión: conversiones, propósitos de mejora, curaciones o la resolución de dificultades profesionales, y también pequeños detalles materiales... Todo manifestación de que es tenido como maestro y ejemplo; y que goza de un gran poder de intercesión ante Dios.

Son muchos miles los que desean que la Iglesia examine detalladamente la vida de don Álvaro para que, con su sanción, se extiendan aún a más almas su ejemplo y los frutos de su intercesión.

Mientras van llegando los momentos oportunos para cada cosa, nosotros nos permitimos reflexionar sobre la santidad a la luz de la vida de este sacerdote, hijo fidelísimo de Mons. Escrivá, que trató de ser siempre un siervo bueno y fiel[14].

La santidad es atributo de Dios y don para los hombres: el más grande de los dones de la creación porque es su cumbre y marca ya el destino eterno. Yo soy el Señor que os santifica[15], dice ya el Antiguo Testamento; y San Pablo: Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo el Señor y en el Espíritu de nuestro Dios[16]. El Papa Juan Pablo II recuerda que Jesús es el «hombre nuevo» (cfr. *Ef* 4,24; Col 3,10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida[17].

Junto con la santidad de Dios, afirmamos y creemos que la Iglesia es *unam, sanctam, catholicam et apostolicam*[18]. El Sumo Pontífice recuerda que si en el pasado Concilio Vaticano II se dio tanto relieve a la santidad de la Iglesia, fue para darnos a entender su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el «tres veces Santo» (cfr. *Is* 6,3). Y añade que confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cristo, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cfr. *Ef* 5,25-26)[19].

Puede decirse que la infinidad de dones que el hombre recibe de Dios cuando es puesto en este mundo se articulan con el don inmenso de la vocación a la santidad. Por lo tanto, tal como el hombre no se crea a sí mismo, tampoco puede alcanzar la santidad por sus fuerzas. Todo es don de Dios aunque cuenta con la correspondencia humana: nada podemos hacer sin Dios pero, en cierto sentido, Dios no obra sin nosotros. Por esto puede decirse que si el hombre no se convierte en una respuesta a la voluntad de Dios, fracasa y, en algún momento, si es sincero consigo mismo, descubrirá su frustración. El Santo Padre afirma que, si se descubre el don de Dios a cada hombre, *"sería un contrasentido contentarse con una vida*

[14] Mat. XXV, 21, 23.
[15] *Exod.* XXXI, 13; *Levit.* XX, 8.
[16] *I Cor* VI, 11.
[17] Juan Pablo II. *Novo millennio ineunte,* n. 23.
[18] *Símbolo niceno-constantinopolitano*
[19] Juan Pablo II. *Novo millennio ineunte*, n. 30.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial[20].

"Ya el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu"[21]. "Se trata de una llamada universal, lo que quiere decir que se dirige, objetivamente, a cada bautizado por la misma infusión del Sacramento, sin ninguna exclusión pero con una gran variedad porque Dios señala a cada uno su propio camino, ya que nos dijo que en la casa de mi Padre hay muchas moradas"[22], "aunque no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros también por él"[23].

"Dios presenta la santidad como una llamada, no como una obligación. Igual ocurre con el don de la fe. Es, por lo tanto un don, no un deber aunque sí un compromiso"[24]. "La llamada se presenta ordinariamente como una oferta: Si vis"[25]. "La tarea fundamental del hombre consciente es descubrir la santidad de Dios por el camino de la oración y de la contemplación: *Quoniam tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus*[26]. "¡Buscar la imagen de Dios en Cristo! ¡Buscar el rostro de Cristo que me habla y que entiendo!, tal como invita el Santo Padre cuando dice: «Señor, busco tu rostro»" (*Sal* 27(26),8). El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (*Sal* 67(66),3).

El camino de la oración contemplativa lleva a que, en la búsqueda de un rostro que parece estar "más allá", el hombre se descubra a sí mismo, porque Dios es, al mismo tiempo, hombre, tal como recuerda el Papa con palabras solemnes del Vaticano II: "Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre»"[27].

"La llamada universal a la santidad de los fieles en la Iglesia supone una elevación que puede considerarse objetiva, de forma que, desde el bautismo —y mientras no pierda la gracia santificante— el cristiano está, en cierto pero verdadero sentido, divinizado. El Beato Josemaría Escrivá decía que Cristo vive en el cristiano y, por lo tanto, que el hombre, en estado de gracia, está endiosado. Y añadía, muy oportunamente para centrar bien la afirmación: Somos hombres y mujeres, no

---

[20] Juan Pablo II. *Novo millennio ineunte,* n. 31.
[21] Ibidem. n. 31.
[22] Jo. XIV, 2.
[23] I Cor, VIII, 6.
[24] Juan Pablo II. *Novo millennio ineunte,* n. 30: *Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor».*
[25] Mat. XIX, 21.
[26] Misal Romano. *Gloria in excelsis Deo.*
[27] Juan Pablo II. *Novo millennio ineunte,* n. 23.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redunda en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa"[28].

"Merece la pena atender, a este propósito, las palabras aún recientes de Juan Pablo II cuando dice que Jesús es el «hombre nuevo» (cf. Ef 4,24; Col 3,10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, moviéndose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la «divinización», a través de la incorporación a Cristo del hombre redimido, admitido a la intimidad de la vida trinitaria"[29]. Se abre así el gran panorama de la vida humana en la tierra, del valor del trabajo como elevación de la realidad temporal: "Al elevar todo ese quehacer a Dios —dijo el Beato Josemaría Escrivá—, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores"[30].

A ningún santo se le puede atribuir el mérito de haber llegado a donde llega. El mérito reside en el profundo misterio de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión al Cielo, de Nuestro Señor Jesucristo. En la anáfora IV del Misal Romano podemos leer: Porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, desde tu seno al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo. La santidad es, por lo tanto, la plenitud de la filiación divina y la perfección de la caridad, que obra la Trinidad Beatísima en el hombre entero.

El Santo Padre, reflexionando en la espléndida presentación joánica, "«la Palabra se hizo carne» (*Jn* 1,14), concluye que la Encarnación es verdaderamente una kenosis, un "despojarse", por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cfr. *Flp* 2,6-8; 1 P 3,18)"[31]. No puede ser otro el camino marcado para la vida de cada santo: Al vencedor le daré del maná escondido; le daré también una piedrecita blanca, y escrito en la piedrecita un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe"[32]. El camino a la santidad, distinto para cada hombre, tiene de común una constante kenosis, al ejemplo de Cristo.

Jesucristo enseña claramente que no hay otro camino para encontrarle que el que pasa por la cruz, o también. que es preciso no vivir para sí mismos, sino para Él: "Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará"[33].

---

[28] *Es Cristo que pasa,* n. 103.
[29] *Novo millennio ineunte,* n. 23.
[30] *Amigos de Dios,* n. 308.
[31] *Novo millennio ineunte,* n. 22.
[32] Apoc. XII,17.
[33] Cfr. Mat. X, 38-39; y cfr. XVI, 24; Mc. VIII, 24; Lc. IX, 23; XIV, 27.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Por eso, cuando la Iglesia examina una vida en orden a considerar si puede tenerse como ejemplar y como intercesor con Dios, busca su heroicidad. Sin embargo, heroico, heroicidad, son términos que no suelen ser fácilmente entendidos. Unas veces la confusión procede de haber tomado la definición de la lengua castellana como equivalente a una *excepción o singularidad*[34]. Otras veces parece que se invita a una comparación: el santo es superior —o más heroico— que el común de los fieles, sin entender que cada uno tiene su vocación propia, cada uno, su camino. Parece claro que la riqueza de una vida no puede deducirse de la presunta pobreza de otra.

Es éste un error en el que no es infrecuente caer y con el riesgo de considerar a los santos como seres raros, o al menos extraños a la vida ordinaria de los hombres, algo así como lo que dice el Beato Josemaría Escrivá, "seres deformes; casos para que los estudie un médico modernista"[35].

"¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! —Piensa, entonces, qué es lo más heroico"[36], "dice también Josemaría Escrivá abriendo así el impresionante panorama de la santidad en la vida corriente, en donde se puede alcanzar una verdadera heroicidad, no tanto por cosas raras o singulares, sino por la constancia y perseverancia —he ahí dos condiciones imprescindibles— en la búsqueda del querer de Dios en el curso de los días grises. Unas veces con éxitos, y otras veces —pueden ser muchas veces— con fracasos, como se expresa en una anécdota muy significativa, que se recoge también en Camino"[37]: "Leíamos —tú y yo— la vida heroicamente vulgar de aquel hombre de Dios. —Y le vimos luchar, durante meses y años (¡qué "contabilidad", la de su examen particular!), a la hora del desayuno: hoy vencía, mañana era vencido... Apuntaba: "no tomé mantequilla..., ¡tomé mantequilla!" Y el autor añade oportunamente: Ojalá también vivamos —tú y yo— nuestra..., "tragedia" de la mantequilla. Todo queda resumido con otras palabras definitivas de Camino: Hacedlo todo por Amor. —Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. —La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo"[38]. "En este caso la heroicidad no se refiere tanto a lo que se hace, al contenido de la acción —como si fuera algo raro o especial—, sino al modo en que se hace; es decir, se realiza algo —aunque sea pequeño— en grado eminente, con una aspiración sublime, por amor a Dios.

---

[34] Héroe: varón ilustre y famoso; Heroico: persona famosa por sus hazañas o virtudes; Heroísmo: esfuerzo eminente del ánimo para realizar hechos extraordinarios en servicio de Dios o del prójimo.
[35] Cfr. *Camino*, n. 133.
[36] *Camino*, n. 204..
[37] n. 205.
[38] n. 813.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Desde luego, es cierto que en la Iglesia veneramos santos que pueden haber ganado la heroicidad casi en un solo momento grandioso, como son, por ejemplo, los mártires, que tan numerosos han sido en el siglo XX, pero siempre será un camino al que no se tiene posibilidad de acceder más que cuando Dios da la oportunidad, y eso sólo ocurre en momentos excepcionales. La santidad a la que puede optar una persona corriente que vive en medio del mundo, la santidad a la que Dios llama con llamada universal, ordinariamente es la consecuencia de aceptar el querer de Dios y de vivirlo heroicamente en las circunstancias ordinarias de cada uno de los días, con constancia y perseverancia hasta el final: tienes en Sardes —leemos en el Apocalipsis— algunas personas que no han manchado sus vestidos y que caminarán conmigo con vestidos blancos, porque son dignos. El vencedor será revestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida; confesaré su nombre en la presencia de mi Padre y delante de sus ángeles"[39]. "Y más adelante dice también: después de esto, en la visión, apareció una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos con túnicas blancas, y con palmas en sus manos, que gritaban con fuerte voz, diciendo: La salvación viene de nuestro Dios que se sienta sobre el trono, y del Cordero. Y todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres (...). Entonces uno de los ancianos intervino y me dijo: Estos que están vestidos con túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo le respondí: Señor mío, tú lo sabes. Y me dijo: Estos son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del Cordero"[40].

"Además, cuando se piensa en la heroicidad puede pensarse en lo costoso de tomar la cruz del Señor y seguir su camino hacia el Gólgota, y es posible que alguien olvide lo más importante: que al tercer día resucitó. ¿Cómo Dios va a querer que le sigamos en la cruz y no resucitemos, al mismo tiempo, con él? El Santo Padre, inmediatamente después de contemplar la kenosis, en la que puede incluirse su encarnación, nacimiento, vida, pasión y muerte, dice que este rebajarse del Hijo de Dios no es un fin en sí mismo; tiende más bien a la plena glorificación de Cristo, incluso en su humanidad. «Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2,9-11)"[41].

"El santo participa, por lo tanto, del anonadamiento y del triunfo de Cristo en su alma, que es, al mismo tiempo, un anonadamiento y un triunfo sobre sí mismo y sobre el mundo que le rodea, al que siempre —si la santidad es verdadera—

---

[39] Apoc. III, 4-5.
[40] Ibidem. VII, 10-14.
[41] *Novo millennio ineunte,* n. 22.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

realiza un bien. Así el Señor, tras hablar de la exigencia de su llamada, no deja de decir misteriosamente: Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera"[42]. "Esto explica la alegría y la paz de la santidad y del santo, y que Josemaría Escrivá escribiera: La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz"[43]. "Y así el amor a la voluntad de Dios diviniza las acciones más terrenas dándoles `vibración de eternidad', y se obtiene la felicidad en medio de las circunstancias que pueden parecer más adversas.

Es posible que quien no entienda esto tan inmediato y sencillo para el santo, sea porque no ha sabido ser un poco niño y abandonarse en Dios. Quizás no ha entendido que, no sin misterio, el Señor nos mostró una parte de su oración en la que decía: Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños"[44].

El proceso para discernir humanamente la santidad de vida, y proponer a una persona para su canonización, presenta bastantes dificultades. Por esta razón, en estos últimos cuatro siglos largos —desde 1584—, se ha ido desarrollando un itinerario para las canonizaciones con una normativa tan exigente y rigurosa que supone muchos años de trabajo, estudio y examen. Sin embargo nada puede considerarse suficiente para alcanzar un juicio definitivo sobre la santidad de cualquier Siervo de Dios.

Se comienza con la constatación de una verdadera fama de santidad, que se considera como una primera señal de Dios, pero eso sólo es útil para que pueda ser tomada en consideración la Causa y se justifique su inicio. Nada más. Además, no puede olvidarse que, desde los Decretos del Papa Urbano VIII, nadie puede ser llevado a la canonización por imposición de un culto popular, es más, si este culto es público se detiene cualquier causa, fuera de excepciones muy contadas que se refieren sólo a causas muy antiguas.

Se continúa después con el examen de la heroicidad de las virtudes, porque es cierto que la señal más cercana de que un cristiano ha sido fiel a la llamada de Dios hasta el final, se encuentra en la práctica de las virtudes.

Además, la Iglesia, para formular el juicio definitivo que precede a la Canonización —o Beatificación—, requiere que se haya puesto de manifiesto que Dios lo quiere, esto es, que se haya podido constatar la presencia de un hecho real y extraordinario que se suele llamar el dedo de Dios: un verdadero milagro. No se trata de favores más o menos grandes, por más numerosos que

---

[42] Mat. XI, 28-30.
[43] *Camino*, n. 758.
[44] Mat. XI, 25.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sean y que sólo indican una fama cierta de santidad, se trata de probar un hecho, inexplicable por la ciencia humana, que ha sucedido en relación con la invocación al Siervo de Dios y que sea tan indudable que pueda llevar al Papa a autorizar la publicación del consecuente decreto o promulgación pública del milagro. Sólo con esta voluntad de Dios manifestada de forma externa, física y constatable, la Iglesia, apoyada en la autoridad y el poder de Dios, procede, con plena seguridad, a una Beatificación"[45] o Canonización.

Hemos empezado considerando la vida santa de un sacerdote que buscó siempre cumplir lo que Dios le pedía. No es posible que la Iglesia profundice en el examen de todas las vidas santas que salen de este mundo llamadas por Dios. A pesar de que el mundo siga tan agitado y parezca, en ciertos momentos, tan lejano del Señor, es indudablemente cierto lo que escribió el Beato Josemaría Escrivá: Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. —Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. —Después... *"pax Christi in regno Christi"* —la paz de Cristo en el reino de Cristo. Los santos, gracias a Dios, siguen siendo una inmensa multitud.

No es posible, efectivamente, que la Iglesia descubra a sus fieles todo el tesoro —es el mayor tesoro que tiene— de los santos y santas que ha llevado al Cielo por la fuerza de la gracia de Dios que procede de la Redención obrada por Jesucristo. Pero, como se ve, la Iglesia hace todo lo posible para que la variedad de los ejemplos e intercesores que presenta sean tan varios como vario es el pueblo de Dios al que apacienta y conduce maternalmente. Nada tiene la Iglesia más importante que el mismo Cristo presente en la Sagrada Eucaristía y la santidad que de Él proviene, y es natural que todos los cristianos, en la medida que les corresponda, colaboren con ella para hacer patente la presencia de los santos en todos los pueblos, en todos los lugares y en las más diversas condiciones de la vidahumana para que ella siga teniendo la inmensa alegría de su reconocimiento solemne.

[45] Es sabido que para la Beatificación de los mártires, la Iglesia considera suficiente la constatación del hecho martirial.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei